

endi.com

Mayra Montero

12-Abril-2009 | Mayra Montero

Antes que llegue el lunes

Bebeteca

Al Archivo con los documentos vivos de Puerto Rico, con su apretada historia que pugna por sobrevivir, se le da la espalda. Y mientras tanto, Roberto Arango impulsa la creación de una biblioteca con una capacidad máxima de 8 millones de libros

El Archivo General de Puerto Rico reabrió sus puertas en los primeros días de enero, luego de que cerraran por algunos meses a causa de trastornos en el sistema de ventilación del edificio. Eso significa hongos, contaminación, humedad, problemas que amenazan gravemente los valiosos documentos que atesora. Otro tanto ocurre con la Biblioteca Nacional de Puerto Rico, que comparte con el Archivo el edificio de la avenida Ponce de León.

Las angustias de los que están llamados a dirigir las bibliotecas del País, ya sea una biblioteca grande como la de la Universidad, o más modesta, como la propia Carnegie, pasan por el desinterés del Gobierno y la falta de fondos.

Entonces, ¿cómo es posible que un legislador, en una mueca cínica a los bibliotecarios, a los archivistas, a los historiadores y a todo el que tenga dos dedos de frente, proponga la creación de una Gran Biblioteca de San Juan, a construirse con gran fasto y multimillonaria inversión?

Nada más gastar papel en imprimir semejante delirio es una infamia.

Así que al Archivo con los documentos vivos de Puerto Rico, con su apretada historia que pugna por sobrevivir, se le da la espalda. Y mientras tanto, Roberto Arango impulsa la creación de una biblioteca que tendrá (siéntense) cabida mínima de 500,000 pies cuadrados, con “un acervo bibliográfico inicial” de 500,000 libros, pero con una capacidad máxima de 8 millones de libros para atender a dos millones de personas anualmente.

Saldría más barato volver a reunir las tablitas de la biblioteca asiria de Nínive.

La Junta Asesora para el establecimiento de la Gran Biblioteca es un mal chiste: el Presidente del Banco Gubernamental, el director del Departamento de Desarrollo Económico, el Alcalde, el Secretario de Educación, un representante de la banca privada, un arquitecto, la Primera Dama y el autor de la medida. Faltaría el Amolao y estamos completos.

Pero no para ahí la cosa: a la Junta se le asignaría, de entrada, un millón de dólares para cubrir costos de operación y funcionamiento. Y para catering, digo yo, porque no van a reunirse sin los pisolabis. La dieta de cada miembro de la Junta cada vez que se reúnan sería de 50 billetes. Todo lo cual estaría respaldado por una emisión de bonos del Gobierno, asignaciones legislativas, asignación de fondos municipales y aportaciones privadas.

No obstante, los incisos más delirantes del proyecto están concentrados en el apartado que pomposamente denominan: “Facilidades mínimas de la Gran Biblioteca”. Hay una barbaridad de salas, laboratorios, archivos, teatros, un café, un restaurante gourmet (así pone: gourmet), un cine, una tienda, una librería. Y de pronto, cuando estoy enterándome de que habrá una sala de libros raros o antiguos, alzo la vista y leo: Bebeteca. Me dije, bueno, por fin algo sensato, un bar. Mísera de mí: la Bebeteca es una sala para bebés, infantiles y preescolares, quienes tendrán “asesoramiento y atención constante” de los empleados. Pero es que, además, habrá una Ludoteca, dirigida a bebés, infantiles y preescolares. Y, como si fuera poco, una Sala Infantil... ¡adivinaron! para preescolares, infantiles y bebés.

De los mayores se acordaron, aunque no lo parezca, porque prometen un Centro de Aprendizaje Cibernético con sala de vídeo-conferencia para que los “envejecientes” puedan comunicarse con expertos “que se encuentran en otras partes de Puerto Rico y del mundo”. O sea, una marea de viejitos entrevistándose con chinos.

Lo malo es que, cuando nos viene la carcajada a la boca, tenemos que abortarla. Porque sería gracioso lo de la Bebeteca, la Ludoteca y toda la cantidad de tonterías que contiene ese ridículo documento, si no fuera porque se trata de una soberana burla. Lo presentan el pasado enero -en plena crisis- le sacan copias que nos cuestan dinero, lo mandan a las comisiones de Educación, Familia y Hacienda. Y hasta serán capaces de sentarse a discutirlo. Y capaces, cómo no, de buscar un millón de donde sea para que la Junta se reúna y empiece a darle vueltas al asuntito de la ubicación.

Mientras tanto, los documentos de la historia del país se pudren. Los bibliotecarios, los del Gobierno, sufren pensando si caerán en la redada. Los archivistas trabajan al límite del desaliento y de la frustración. Los investigadores, pues nada, los investigadores investigan y eso siempre es incómodo. Mejor si se quedan en blanco.

Es tan deprimente todo, que dan ganas de ahogar las penas en las brumas de una Bebeteca. Una real.